

CAPÍTULO XII.

DESAFÍO.

Encerrado en su despacho y escribiendo rápidamente, encontramos al afortunado Enrique de Velasco, que no debía serlo tanto en aquel momento, á juzgar por la siniestra expresion de su rostro, y no ménos de las miradas que de vez en cuando dirigia á un elegante reloj colocado sobre la chimenea, en las que revelaba tanta amargura como ansiedad, si bien no tardó en calmar esta última la voz del viejo José, diciendo:

—El señor conde del Redil y el señor de Ortiz.

—¡Al fin! exclamó el jóven soltando la pluma y dejando el asiento para recibir á

los recién llegados, á los que apretó cordialmente la mano, y despues de invitarles á tomar asiento, dijo:

—Enterados como están ustedes del por qué me he permitido molestarles, creo convendrán conmigo en que es preciso despachar el asunto sin pérdida de momento; mañana es el baile, y debe ántes quedar ventilada esta cuestion.

—Permítame usted que le diga que es una solemne niñería aceptar ese duelo, dijo el del Redil.

—¿Puedo acaso evadirlo? Despues de diez ó doce dias de ausencia, durante los cuales desprecie cuantas cartas me dirigió ese majadero, me encuentro al regresar á mi casa un cartel de desafio, al que di la misma importancia que á las anteriores misivas, lo que sin duda contribuyó á aumentar su encono, no cejando hasta conseguir lo que se proponia, que no le fué difícil anoche en el Casino, usando frases que, no digo á un hombre, á un poste hubieran levantado.

—Es cierto, dijo Ortiz.

—Ahora bien; acepté el lance, jurando para mí no derramar una gota de su sangre; pertenece á la familia de la duquesa, y la sangre derramada amargaría tal vez nuestro hermoso porvenir.

—No debe usarse de tal generosidad con quien no puede comprenderla, repuso el esposo de Isabel, pues en pago á tan noble accion, es él muy capaz de dejarle á usted yerto.

—Si me mata, ¡qué remedio! yo por mi angelical esposa seré llorado sobre mi tumba, y el desprecio de aquella y el grito de la conciencia de él, acusándole de asesino, me vengarán dignamente.

—Los desafíos del baroncito del Monte, dijo el conde, acostumbran á meter mucho ruido, sin tener deplorables consecuencias; él quiere que el mundo sepa que se va á batir, y una vez que lo sabe, se queda tan satisfecho como si estuviera vengado el agravio, y se presenta tranquilo en el cam-

po de batalla, casi siempre para estrechar la mano á su contrario.

—Esta vez, conde, no satisface su saña con tan poco, y quiere que el duelo sea á muerte, para de todos modos matar mi felicidad, pues él dice: «Ó me mata, ó le mato. Matándole, no se casa; matándome, tampoco, porque mi cadáver se interpone entre los dos.»

—¿Quiénes son sus testigos?

—Lo ignoro; me he negado á recibirlos esta mañana, diciendo que les mandaría los míos.

—Pues no perdamos tiempo, dijo el conde levantándose; tal vez sea posible un arreglo.

—No lo espero, repuso el de Velasco; para eso sería preciso que me diera pública satisfaccion de los agravios que me ha inferido, y no es fácil que lo haga; las demas condiciones las deje al criterio de ustedes; solo sí, en uso de mi derecho, elijo la pistola, por ser la única arma que maneje regularmente.

—Está bien, dijeron sus testigos levantándose.

—Me falta suplicar á usted, conde, dijo Enrique al estrecharle la mano, que me dispense si tan pronto he abusado de la amistad que nos prometimos; mas para estos casos son necesarios hombres como usted y mi amigo Ortiz.

—Me complazco en poder serle á usted de alguna utilidad, contestó el del Redil, si bien deploro el motivo; mas espero en Dios que no ha de permitir que la locura de un hombre mate la felicidad de aquel ángel á quien todos debemos la nuestra.

Despidiéronse los tres caballeros, volviendo Enrique á sentarse en su bufete, mientras sus dos visitantes se encaminaban en busca de los testigos del baroncito, provistos de la tarjeta que aquellos dejarán, en la cual leyeron: «Rodolfo de Ruiz, vizconde de Cazar.»

Les parecerá extraño á mis lectores que tan pronto trabaran conocimiento el conde del Redil y el afortunado escritor; mas de-

jará de parecérselo si atienden á la igualdad de sus caracteres y recuerdan los vivos deseos que el conde tenía de conocer al glorioso vate, tras lo cual buscaba siempre ocasión, que encontró muy favorable al comprar Valasco unos bosques lindantes con sus posesiones.

Simpatizaron los dos á primera vista, y el motivo que dió lugar á su conocimiento, diólo á que se juraran estrechísima amistad, que la consolidó más el parentesco que les debía unir al enlazarse con las dos primas. No es de extrañar, pues, que el conde sintiera desagradablemente impresionado su corazón por el lance que había provocado el baroncito; haciéndole exclamar:

— ¡Hé aquí cómo el necio puede desbaratar los más grandes proyectos del sabio; cómo el alma más ruin y mezquina puede matar la felicidad del corazón más grande y generoso! . . . Y no hay esperanza de que ni sus mismos padres, caso de que lo sepan, hagan desistir á ese mentecato de

su insensatez: el baron, porque es el baron . . . la baronesa . . . ¡oh! la baronesa pondria la espada en la mano de su hijo, sin pensar en el riesgo que éste corria, por el solo hecho de haber soñado que intentaban humillar su orgullo.

Conforme dijo Velasco, no era posible un arreglo, pues el baroncito, no solo se negaba á dar la más pequeña satisfaccion, sino que insistia en que el duelo fuera á muerte, á lo cual se opusieron tenazmente los padrinos á despecho del envidioso Luis, quedando al fin convenidos en que se verificaria con pistola á las seis del día siguiente, en el sitio indicado por los testigos, más allá del Campo del More.

Enrique no durmió aquella noche; pasóla entera escribiendo al ídolo de su corazon, á la incomparable mujer por quien solo tenia vida, no olvidando á su buena madre, si bien estaba seguro de que, caso de una desgracia, no tardaria en acompañarle al sepulcro. Recomendó ambas mujeres una á otra; besó repetidas veces las

dos cartas, y esperó tranquilo la hora. Apenas asomó en el horizonte el primer crepúsculo de la mañana, un carruaje paró á las puertas de su casa, á cuyo ruido envolvióse Enrique en su capa, dió algunas instrucciones á su fiel José, que las recibió llorando como un niño, hasta que, conmovido el jóven, le echó los brazos al cuello, diciéndole:

—Ánimo, José.

—¡Ah, señor de mi vida, que tal vez no os veré más!

—Cúmplase la voluntad del cielo; yo no he provocado el lance; muy al contrario, he tratado de evitarlo por todos los medios decentes. Quizás soy indigno de levantar mis ojos hasta la mujer que me ha concedido su mano, y quiere Dios apartarme de ella . . . Quizás sea para más humillar á mi contrario . . . pero dejemos esto; suceda lo que quiera, tengo mi conciencia tranquila. Cumple cuanto te he encargado y no te separes un momento mi buena madre;

si al levantarse pregunta por mí, le dirás que estoy de caza.

—Sí, sí... y en tanto rogaré á Dios por vuestra vida, y á vos, señor, que no tengáis lástima de quien en tal trance os ha puesto.

—Su vida es sagrada, José, solo yo corro peligro. Adios.

Desprendióse Enrique de los brazos de su fiel criado y reunióse al conde del Ródil, á Ricardo de Ortiz y al médico que con ellos llevaban, en cuya compañía sintióse otro hombre, pues si bien jamas le habia faltado el valor, enterneciésele y aun menguósele algun tanto al escribir á su madre y á Adriana, y despedirse del viejo José, que no se adquirieren los bríos entre mujeres y ancianos.

Las frescas brisas de la mañana, que alegres precursoras del rey de los astros parecían las encargadas de despertar á la naturaleza de su dulce letargo, acariciaban blandamente el rostro de nuestro héroe, despejando su imaginacion de las tristes ideas que la absorbían. Despues de salu-

darse los tres amigos, reinó entre ellos el más profundo silencio, interrumpido de vez en cuando por alguna indiferente observacion respecto á lo que á sus ojos se ofrecia. Así llegaron al sitio destinado, donde al mismo tiempo que ellos paraba otro carruaje, del que se apearon el baroncito y sus dos testigos, jóvenes bulliciosos y fatuos, por el estilo del que apadrinaban.

Saludáronse cortésmente; luego los testigos echaron suertes sobre quien habia de atacar primero, resultando favorecido el glorioso escritor. Pasaron en seguida á examinar las pistolas, y entregando una á cada uno de los combatientes despues de medirles el terreno, se pusieron estos en guardia.

—El baroncito del Monte puede matarme á su sabor, seguro de que mi bala roce siquiera su piel, y no por falta de buena puntería, como espero demostrarle, dijo Enrique.

—Esas son baladronadas que pronto he-

mos de ver, contestó Luis con orgulloso desprecio.

Dieron la señal los testigos y apuntó Enrique el arma, diciendo:

—Cuidado, baron, que le voy á rasgar la camisa.

Seguidamente oyóse la detonacion, llevándose la bala un trozo de la camisa de aquel.

Dirigiéronse todos una singular mirada, y el baroncito palideció. . . . no se sabe si de rabia ó susto, al ver la puntería de su contrario. Disparó á su vez, y gracias á un movimiento de Velasco, el plomo silbó por encima de su cabeza.

—Tambien me precio de tener buen pulso, dijo sin dignarse mirar á su contrario y mientras entregaban las pistolas para que de nuevo las cargaran. Recogieronlas luego, y al apuntar Enrique, dijo:

—Ni el lienzo quiero ya, que seria lástima dejarle á usted sin camisa.

Esta vez pasó la bala por debajo del brazo de Luis, cuya mano apoyaba en su

cadera. Disparó ésto, y el proyectil rozó el hombro de Enrique, llevándose la piel por donde rozara.

—Ya se acerca, dijo aquel, y tiró de nuevo, pasando el tronco del árbol que tras el del Monte habia.

—De modo, ¿que no quiere usted tocarle? dijo uno de los testigos del baroncito.

—He tenido el honor de decirlo ántes; si me veo herido y en aptitud de vengarme, no verteré una sola gota de su sangre.

—Pues será mejor pasarle á usted de parte á parte para que no haga más alarde de su compasion, dijo el del Monte ciego de rabia.

Saludó Velasco, y seguidamente recibió la bala de su contrario en el brazo izquierdo, por haber con él amparado su corazon, que era donde Luis apuntaba.

Acudieron presurosos el conde y el de Ortiz, juntos con el médico que les acompañaba, y despues de reconocer la herida, y visto que no era de gravedad, vendáronla

con el mayor cuidado, volviendo á dejar á ambos adversarios frente á frente.

—Tal vez ese rasguño le abrirá á usted las ganas de meterme la bala por donde me salga la vida; aconséjole que así lo haga; pues si me deja usted con ella, le meto el plomo entre ceja y ceja, dijo el del Monte irritado al ver la conducta de Velasco.

Pusiéronse en guardia, disparó éste, y la bala quedó clavada en el tronco de un árbol no muy distante.

Quedóse el del Monte mirando á su adversario, sin poder ocultar la sorpresa que le causaba tan incomprensible proceder, dando lugar á que el conde del Redil dijera dirigiéndose á los testigos:

—Creo, señores, que se han guardado todas las formalidades del duelo, y que ambos adversarios pueden darse por satisfechos. El señor de Velasco, según se ve, no verterá una gota de sangre del señor baroncito del Monte; ¿hemos de esperar á que éste vaya disparando hasta aca-

bar con la vida de su contrario? Esto, mejor que desafío, podría llamarse asesinato.

—No suelto el arma sin dispararla, dijo Luis; me toca á mí tirar ahora, y no creo que vaya usted á privarme de mi derecho.

Seguidamente oyóse la detonación, respetando el plomo, aunque dirigido con la crueldad de que era capaz tan ruin corazón, al grande hombre, á quien sin duda guardaba Dios para más altos fines.

—Tiró el baroncito lejos de sí el arma, y cruzándose de brazos ante Velasco, exclamó con el mayor despecho:

—Máteme usted de una vez, que ya lo estoy deseando.

—Si cojo otra vez el arma, dijo Luis, que será para descargarla en el aire, y no me conviene este ejercicio; pues aunque le vé la herida, no deja de incomodarme; sin embargo, me permite esperar á que cargue usted de nuevo. . . .

Interpusiéronse los testigos del baroncito diciendo:

—Quedan cumplidas todas las condicio-

nes impuestas, Luis, y el generoso proceder del señor de Velasco te obliga á rendirte y darte al mismo tiempo por satisfecho, pues si necesitabas su sangre, la has vertido ya.

— ¡Oh! esa generosidad es la que me desespera, repuso irritado Luis, pues no sé en qué sentido tomarla.

— Empiece usted por no creer en ella, pues no existe realmente, dijo Enrique demostrando en su mirada la indignación que hasta entonces reprimiera. A no llamarse usted Luis de Peñarrosa, es probable que estuviera usted ahora mordiende el suelo; pero ese nombre me hace respetar aun lo que más desprecio. Acepté el duelo para probar, no á usted, sino á cuantos nos oyeron, que Enrique de Velasco no retroceda ante el cañon de una pistola; he disparado la mia para hacerle á usted ver que sé dar en el blanco, y con la misma tranquilidad que le he rasgado la ropa por donde me he propuesto, le hubiera á usted partido el corazon. Ahora que no puede usted

dudar que tengo valor y puntería, me niego á recoger el arma por respeto á ella, ¿me entiende usted, baroncito?

— ¿Y si yo le hubiese á usted muerto?

— Léjos de adelantar nada en sus proyectos, hubiera usted sido maldecido por el mismo sér que hoy, sin saberlo, le ha salvado la vida, y por una anciana madre que la hubiera perdido tambien.

— Añadiendo las muchas personas que al señor de Velasco profesan toda la estimación que se merece, prosiguió el del Redil, y á todos los amantes de las bellas letras, incluyendo á la posteridad, que no le perdonara al baroncito del Monte que, por un capricho de su buriada vanidad, tronchara en flor á una de las glorias de la patria.

— ¡Oh, conde! . . . exclamó Enrique.

— Buen campeon tiene en usted el afortunado escritor, repuso Luis pálido por la ira.

— No creo que el baroncito intente provocarme, dijo el conde; mas debo adver-

tirle, por si acaso, que dentro de breve tiempo hemos de llamarnos hermanos, y esta consideracion haria que yo imitara el noble proceder de mi amigo Velasco. Como hermano, pues, aconséjole á usted que, dejándose de quijotadas, que le habian de producir tan grandes resultados como al Hidalgo Manchego, se resigne con su suerte como hombre sesudo, y respete el fallo de Dios como buen cristiano.

—¡Oh!... exclamó el baroncito crispando las manos, y dirigiéndose á Enrique, continuó: Sepa usted de hoy para siempre, que no le reconoceré jamas como pariente mio, por tenerlo en mengua, y lo mismo para mí, que para toda mi familia, será usted siempre el objeto del más alto desprecio.

—Muchos serán ustedes á despreciarme, y yo me basto para despreciarles á todos; ya vé usted cómo aun en esto le llevo superioridad, contestó Enrique con calma.

Procuraron calmar los ánimos los padrinos de ambas partes, y regresaron á sus

respectivos carruajes, saliendo á galope el del baroncito, y no tardando en rodar el del conde del Redil, donde iba el insigne escritor doliéndose de su herida, que le atormentaba más de lo que él creyera. Una vez en su casa, y despues de tranquilizar la desesperacion que de su buena madre se apoderó al verle regresar en aquel estado, fuéle atentamente examinada la herida, y vieron que, si bien la bala no tocó al hueso, habia profundizado hasta él, llevándose la carne por donde pasara.

—Bendito sea el brazo que me ha salvado el corazon, dijo Enrique.

Aconsejóle el médico que guardase cama algunos dias, pues era probable que se inflamase la herida, produciendo la calentura; mas negóse por el momento el jóven, diciendo:

—Mañana dispondrá usted de mí, seguro de que serán atendidas sus disposiciones; hoy solo la muerte podria impedirme asistir á una fiesta donde es indispensable mi presencia.

—No, hijo de mi alma, que puede agravarse tu estado, te lo pide tu madre, te lo pide la misma Adriana; si para ella solo existes, ¿por qué expones así tu vida, que es la mejor garantía á vuestra felicidad, ya que en nada tienes la mía?

—No diga usted eso, madre querida, pues al entregar mi corazón, le he reservado á usted la parte que le corresponde, y dirigiéndose al médico, continuó: ¿Cree usted que por ir en carruaje desde mi casa á la calle de Espoz y Mina, permanecer una hora en un salón, y regresar del mismo modo, corre mi vida peligro?

—No tanto, caballero, pero sí puede costarle á usted un mes de cama en vez de ocho días.

—Sensible es, mas me precisa correr esa exposición; dígnese usted venir á verme mañana todo lo temprano posible, por si necesito de sus cuidados.

Despidióse el facultativo, y una vez solos la madre y los amigos, intentaron disuadir al jóven de su empeño; mas ni las

lágrimas de la una ni los ruegos de los otros lograron torcer su voluntad.

—Hoy debe anunciarse oficialmente mi enlace, dijo; hoy debo ser presentado como el futuro esposo de aquel ángel sobre quien están fijas las ávidas miradas de ese pequeño gran mundo, en el que cada cual se dejaría arrancar un ojo por ver ciegos á los demás, ¿y me aconsejáis que falte? ¡A cuántos comentarios se prestaría mi ausencia! . . . ¡Cómo se pavonearía ese necio, á quien hoy más que nunca es preciso confundir! ¡Oh, no! Hay ocasiones en que el hombre debe sacrificar su vida á su amor propio. Perdon si me rebelo, madre mía; mañana será usted sumisamente obedecida.

Enjugó sus lágrimas la buena señora y estrechó á su hijo contra su corazón.

—¿Le parece á usted que avisemos á la duquesa lo ocurrido? preguntó Ortiz?

—No, amigo mio. ¿Para qué asustarla? Esta noche me verá y se lo diré yo mismo.

—Mas le verá á usted en un estado que ella no espera, dijo el conde, recibiendo

peor impresion que la que sentiria si su discreta amiga Isabel le contara el caso, evitando así que llegase á sus oidos por boca de sus parientes, que excusado es decir cómo llegaría.

—Es verdad, es verdad, no se me habia ocurrido esto; mas me permitirán ustedes que yo se lo escriba, y que la buena de Isabel se encargue de llevarle la carta.

Hízolo así, y una vez concluida, entrególa á Ortiz, que, junto con el conde, se despidieron del jóven, dejándole en los brazos de su madre.

—Sabian los barones del Monte que su hijo iba á batirse?... Despues de la conversacion que medió entre ellos, conocida de nuestros lectores, debian adivinarlo. Verdad es que el desafio tardó quince dias en realizarse, gracias á haber estado Enrique ausente de Madrid; mas en éstos no trató Luis de disimular cuáles fuesen sus intenciones, haciéndose público al cabo de ellos hasta insertarlo los periódicos, aunque en términos encubiertos. Compre-

diólo y callóse el baron, como callaba á cuanto su hijo hacia, pues lo habia educado en su escuela y honraba á su maestro. Comprendiólo la baronesa, y callóse tambien. ¿Era acaso el primer desafio que tenia su hijo? ¿No se habia batido con todos los calaveras de la corte, sin recibir el más leve rasguño? ¿Por qué lo que no habian conseguido sus anteriores adversarios habia de conseguirlo éste, que en concepto de su excelencia era un pobre diablo capaz solo para manejar la pluma? Por otra parte, la baronesa se creia ofendida por Velasco desde que en mal hora le conoció en la estacion, y ofendida y humillada desde que le habló en su casa. Sabia tambien lo ocurrido en el café Suizo, y pareciale muy del caso que el lance suspendido aquel dia se llevara á cabo entónces, en que, favorecido el escritor por la veloz fortuna, parecia burlarse de ellos. Cierto que la duquesa le habia concedido su mano, mas por lo mismo era preciso desprestigiarle á sus ojos, á los cua-

les cegó su sola celebridad y el prurito de aquella en hacer las cosas al revés que las demas personas. Este lance, del que debía salir poco airoso el laureado escritor (por la sencilla razon de ser el baronito su adversario), podia hacer imposible el consabido enlace, podia aplazarlo, podia... tantas cosas podian suceder, que más que una esperanza, era casi una seguridad de que no se realizaria.

Todo esto y mucho más pensaba la baronesa, y como segun ella no se engañaba jamas en sus apreciaciones, comprendiéndolo todo, dejó que siguiera su camino, mas no tan á sangre fria que el dia del duelo, que no se le pudo ocultar á ella, no sacudiera la pereza, y levantándose con la aurora, esperara impaciente y calenturienta el regreso de su hijo, que era la solucion al problema que hacia quince noches robaba el sueño á sus ojos y la tranquilidad á su corazon.

Recibióle al fin en sus brazos, pálido, desencajado, tembloroso; no necesitó más

la baronesa para adivinar el resultado. Hubo algunos momentos de silencio, que ninguno de los dos se atrevia á interrumpir; al fin exclamó la madre:

—¿Y él?

—Herido levemente en un brazo, mas yo herido de muerte en mi orgullo.

—¿Qué dices?

—¡Oh! me ha vencido, me ha humillado.

—Pero ¿no es él el herido?

—¿Qué importan algunas gotas de sangre, cuando yo he perdido hoy todo mi prestigio?

¿Cómo?... ¡Oh! cuéntame....

—Escucha....

Y empezó el relato de lo sucedido.